

## POESIAS (\*)

JESÚS DELGADO VALHONDO

### TIERRA

Ya sé que soy manantial  
de la semilla que espera,  
dolor de mi primavera,  
mi carne en barro filial.

Misterio de ese sitio  
eterno de mi sentido,  
acogedora de olvido,  
mano en tierra requerida,  
cuando se vaya la vida  
como pájaro a su nido.

### AGUA

En agua nace el ahogado  
y la garganta le nace  
llena de un placer que hace  
cielo del blanco costado.

Del mar está enamorado  
y quiere en la playa, roca;  
los ojos tienen la loca  
serpiente del alga fría.  
El dijo: «¡el agua es ya mía!»,  
y, murió seca la boca.

### LA CICUTA

La cicuta por las venas  
a Sócrates lo lamía,  
era una serpiente fría  
entre calientes arenas.

Hoy las hojas están llenas  
de saber, solo se inmuta  
la planta cuando conmuta  
veneno gris por un nombre,  
y Sócrates es hecho hombre  
silencioso en la cicuta.

### SUEÑO

¿Qué araña me está chupando  
que yo sin querer me vierto?

¡Qué niebla, Señor, la niebla  
está sobre mi cerebro!

¡Ay!, cómo juega conmigo  
Dios solitario y secreto.

### DOLOR FLORIDO

Ha venido más amor  
manándome por su acento  
campos y campos y Dios.

Si ya tengo a mi canción  
herida de mi lamento,  
¿A qué has venido si yo...?  
Sí yo todo estoy abierto  
de florecido dolor.

(\*) Del libro próximo a publicarse en la C. «Norte», «El Año Cero».

## El Maestro Ontañón (CUENTO)

1

Don Luis, el notario de la ciudad, su esposa y sus hijas, pasaban temporadas de campo, especialmente en primavera. Muchas familias tenían huertas y «cercados» propios, a lo largo de la carretera y reuníanse con frecuencia. Era un pequeño acontecimiento provinciano, de cierto rango social, que interrumpía la vida monótona de Guadaloz. Los domingos oían la misa en la ermita del Corazón de Jesús, donde todos los años se iba en romería, lucíéndose las parejas de novios en caballos enjaezados, como en la feria de Sevilla. Guadaloz por el ambiente, el sol y sus hábitos camperos, sufría un contagio andaluz.

Ya le había llamado la atención a don Luis, entre los mendigos y pedigüños andariegos, un anciano que cruzaba todos los días por la casa de campo. Iba cubierto con un viejo chapeo descolorido y un abrigo lleno de remiendos, asomando por abajo flecos de los pernilles del pantalón, que casi cubrían unas botas rotas y empolvadas a fuerza de arrastrarse, a todas horas, por aquel camino, en un ir y venir ligero, acompasado; siempre el mismo andar y siempre solo y cabizbajo por el peso de su chepa.

El maestro Ontañón—así se llamaba—apoyábase en una cayada, fijos los ojos en la tierra, sin mirar nunca a nadie. Sobre la corcova asomaba un saquete ennegrecido, cuyas cuerdas sostenía con la mano izquierda. Era más bien bajo. Apesar de su aspecto de portador, no inspiraba la repugnancia de aquel otro mendigo a quien sorprendió don Luis, sin querer, despiojándose una tarde de sol, detrás de un seto de chumberas y algunas cepas entrelazadas. Ontañón, el octogenario Ontañón, en su aspecto derrotado, conservaba rasgos de hombre inteligente, caído en desgracia y dueño celoso de un patrimonio espiritual. Sus andares, tenían un aire de firmeza y de cierto orgulloso desprecio hacia el mundo.

Así lo veía don Luis. Lo observaba con curiosidad siempre que se cruzaba con él queriendo descubrir aquella vida humana, hasta que poco a poco llegó a conseguirlo. Era una magnífica pieza de estudio, para sus elucubraciones de psicólogo y sus ribetes de escritor y pudo fácilmente llegar a ser su amigo.

Aquella temporada de primavera, daba lecciones escolares a dos de los hijos del casero de don Luis. El maestro Ontañón llegaba al cortijo todas las tardes con su pardo gabán, alpargatas y su zurrón

a cuestras. La mujer de Juan, el casero, lo recibía con zalemas, llamándole don Manuel.—Entre usted. Pase usted, don Manuel.

Don Manuel Ontañón sentado en un silloncito junto a la camilla del comedor, frente a los dos zanguangos que ayudaban a su padre en las faenas del campo, se transfiguraba. Al dictarles pomposamente una oración gramatical o plantearles un sencillo problema de aritmética—siempre de gallinas y docenas de huevos, a los que era aficionadísimo—se erguía su figura y la voz del viejo Ontañón, alzabase enérgica, como en sus tiempos más felices de maestro.

Don Luis, el notario, espiábalo a distancia, desde una de las habitaciones interiores, comprobando sus intuiciones y pretendiendo descubrir todo el pasado del mendigo. Esta labor investigadora le entretenía en sus ratos de ocio campesino.

## 2

El maestro Ontañón, en su actitud de dómine, soñaba los años de su lejana juventud, cuando en una de las calles céntricas de la ciudad, dirigía su propio Colegio. ¡El colegio de don Manuel Ontañón! Recién casado acudía desde sus habitaciones, a la sala de párvulos, en su mesa de escritorio, la esfera armilar, mapas colgando de las paredes y, encima, sobre el rojo dosel, un crucifijo. Entre rezos y cantos de la tabla de multiplicar—dos por dos son cuatro, dos por tres son seis—palmetazos, reprimendas y tirones de orejas, llegaba, sin darse cuenta, la hora de salida en medio de la algazara y el griterío de los muchachos al ganar impacientes la calle: —Oh! pequeños salvajes—murmuraba ensordecido el maestro Ontañón.

Pasó toda su vida, sencilla y calmosa, en aquel ambiente provinciano y campesino; y cuando quiso recordar se sintió viejo y cansado, sin darse cuenta. Reposaba de sus tareas escolares los días festivos; si eran de sol, de paseo procesionario por el puente a las laderas del castillo de San Nicolás, donde los niños cogían lirios silvestres. Tardes de invierno en el «campo» de San Antonio, llenos de críos, niñas y soldados. En las noches calurosas de verano oyendo la banda militar en el templete, entre un griterío infantil, jóvenes enamorados y gentes del pueblo, bajo los arcos voltaicos. Bostezos y desolación de una muchedumbre endomingada que se divierte a su manera.

En días muy señalados la familia Ontañón iba al teatro principal con toda solemnidad, a oír alguna «zarzuela grande»: «La Tempestad», «El molinero de Subiza» o «Jugar con fuego». Su obra predilecta era «Marina». Sabía de memoria la partitura y siempre que oía al tenor, soñaba con viajes de ensueño a islas encantadas en mares lejanos, con sirenas y nereidas, libertado de aquella vida monótona y vulgar. En los días de lluvia, lecturas de historias románticas y novelones por entregas. En pascuas o vacaciones con los amigos, de pesquería a la charca del Prado y de comilona de «ajo de peces» o «caldereta» y vino de la Corchuela.

Con los años el maestro Ontañón y su costilla fueron llenando

su modesto hogar de angelitos escuálidos, rubios y morenos hasta llegar a la docena, en una sucesión de novenarios ininterrumpidos, de bautizos y entierros, contribuyendo—según él decía—al sostenimiento de su iglesia parroquial y a la funeraria. Excepto uno de los varones que abandonó la casa paterna—un piso cada vez más sucio y más lleno de sombras—sin que volviesen a saber más de él, llegó el maestro Ontañón a los sesenta años, después de haber perdido a su mujer, tuberculosa, y a toda su prole, menos a una hija casada que vivía en la misma ciudad, sin hacer más caso de su padre que de los perros callejeros.

—Es una mala hija. Tiene abandonado a su padre tan viejecito. No tiene entrañas—murmuraban los vecinos.

El maestro Ontañón la defendía culpando de su mísera situación al mal carácter y al odio que inspiraba a su yerno:

—Eso es falso. La culpa es de la hija—respondía la gente. Si esa hija quisiera a su padre, le atendería contra la voluntad de su marido.

Sentíase Ontañón sometido a los prejuicios sociales, a las relaciones de falsa convivencia social, con estúpidas separaciones de clases hasta en el paseo. Se miraba aprisionado entre murallas de aquella plaza fronteriza, por donde se asomaban sus ojos viajeros ansiosos de adivinar paisajes ultramarinos. Soñaba a su vejez, con vivir sin trabas, sin leyes, sin limitaciones, como aquellos vagabundos que veía entrar y salir de la ciudad. Le atraían los húngaros que acampaban en los fosos y los circos ambulantes.

## 3

El maestro Ontañón se fué cansando durante tantos años de desasnar muchachos, en una labor agotadora y pasaba muchos días en el campo. Se iba aficionando a las labores agrícolas, a la cría de animales, al cuidado de las colmenas. Le cedían algunas veces terrenos de barbecho para plantar melonares. Observó que muchos de sus discípulos, los más obtusos, habíanse enriquecido con la labor. Y el viejo maestro, soñando con fabulosas ganancias fuese quedando sin alumnos y se decidió a llevar en arrendamiento una finca lejos de la ciudad, en compañía de dos amigos tan ilusos y entusiastas como él. ¡Cuentas de la lechera! Los años malos, sin resistencia económica y sin conocer las cuestiones de labranza, dieron al traste con casi todos sus ahorros.

Derrotado el maestro Ontañón en esta primera salida, regresó entristecido a la ciudad. Reíanse los amigos de su desgracia. Al poco tiempo abrió una pescadería en una calle apartada, revendiendo el pescado de otro industrial más importante, gracias a la generosidad de un rico labrador, que salió fiador compadecido de su mala suerte.

Cuando conoció don Luis, el notario, en aquella temporada de campo al maestro Ontañón ya octogenario, contábale detalles de sus muchos oficios. Elogiaba al mecenas labrador, aristócrata y des-

endiente directo del heroico teniente Velarde, como decía con énfasis:

—Fué un padre para mí. Me llamó a su despacho y me dijo me-sándose la barba—Ontañón, pídamle el dinero que necesite para montar su comercio.

—Me sobran con cien duros, señor Marqués y le quedo muy agrade-cido, señor Marqués.

—Apee usted el título, maestro Ontañón. El suyo es más merito-rio que todos.

—Lo ignoro, señor Marqués.

—Su honradez, replicó el prócer amigo.

Y el viejo Ontañón repetía, como un memorista con énfasis y son-onete de jaculatoria, este diálogo con sabores de novela de capa y espada, que don Luis paladeaba deleitosamente.

Años después de muerto el Marqués y ya Ontañón en la miseria, visitó un día a la primogénita, muchacha encantadora, para ofrecerle una oleografía del heroico Teniente Velarde, su gloriosísimo antepa-sado, obsequio de una casa editorial de aquellas novelas por entregas que Ontañón leyera en su juventud:

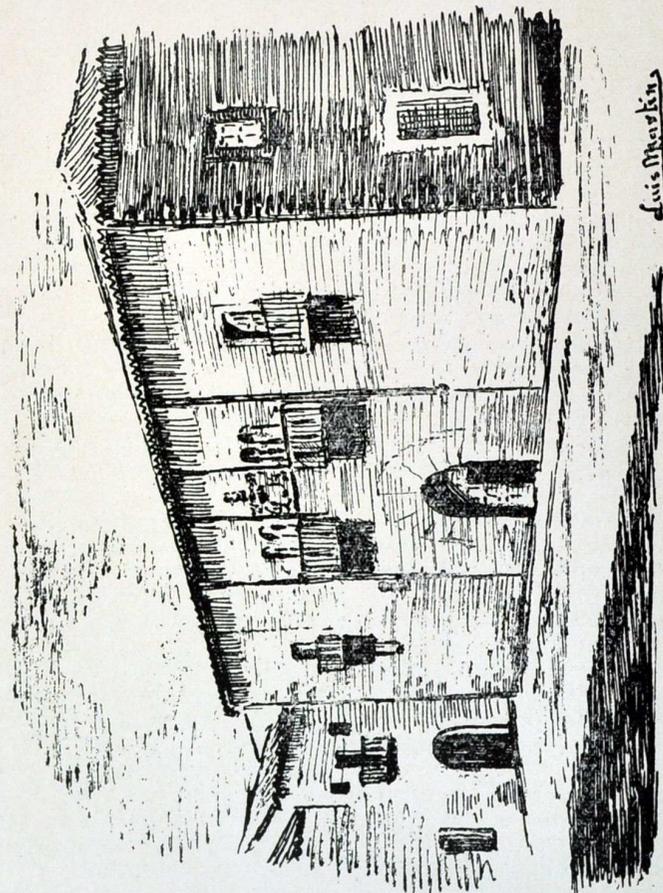
—Yo para nada quería aquella estampa—contaba Ontañón a don Luis—y pensé que le sería grato el recuerdo familiar. Me dió la mar-quesita una taleguilla con chacina y un melón que es lo que más me gustaba. Entré a rezar a la virgen de la Soledad dejando detrás de la pila del agua bendita el hato, que al ir a recogerlo había desapareci-do. Siempre me persiguió la mala suerte—ronroneaba el viejo On-tañón.

Por último puso una tiendecilla de embutidos, como Dios le dió a entender, y consiguió ir saliendo a flote y hasta llegó a hacer econo-mías, cuando de improviso, como un terremoto, estalló la guerra civil y con ella, en la ciudad, otra de crímenes, venganzas, denuncias y delaciones que, al cabo de unos meses dieron con él en la cárcel. Cuando se puso en claro su conducta y salió de la prisión, el mance-bo, a quien había recogido huérfano en la tienda, había desaparecido con los ahorros que ocultaba en el fondo del baúl. Siempre confiado traspasó el comercio a un desconocido buscavidas del que no vió un céntimo y quedó sin hogar, en la miseria.

Ontañón había esperado, hasta entonces, sin recibir nada bueno. El ambiente fosco de la ciudad, el miedo, los odios y las turbias pasiones, le empujaron hacia fuera. Ahogábase entre aquellas mura-llas insensibles, soñando a la intemperie con ríos de sangre y no pensó más que en huir, perseguido por su propia sombra, lejos de aquel amasijo humano.

La guerra civil dividió la conciencia del pordiosero Ontañón, en dos mitades: luz y sombra. Su vida anterior a la contienda, le pare-cía un sueño, un paraíso infantil. Saboreaba con avidez recuerdos de su juventud. Ahora sentíase vencido, derrotado, sin esperanza de rehacer su vida, aquel vivir que a veces—¡imbécil de mí!, clamaba—le parecía cansado, aburrido. Ahora, quiso huir de sí mismo.

Don Luis, cada día, seguía interesándose más por aquellos andra-



jos, vestidos con cierta prestancia. Algunos amigos oficiosos que habían conocido a Ontañón en su modesta opulencia de maestro, contábanle aberraciones amorosas después de enviudar, que le arrastraron a la miseria. Don Luis en su íntimo afán de considerar sin ninguna mácula al héroe que descubriera entre el fango, interpretaba aquellas historias como calumnias de la postguerra.

4

En aquel naufragio Ontañón dedicóse a ejercer el oficio de maestro ambulante, en el último arrabal de la ciudad. Odiaba la sujeción de un asilo. Defendía su libertad, paso a paso, hasta el último reducto. Se liberaba andando. Ya fuera de murallas encontró amparo en un chozo junto al cementerio, donde arrinconó los restos de su ajuar. El dueño vivía en una casumba vecina, con un hermano tuerto y dos sobrinas solteras y holgazanas que salían temprano, peripuestas con sus velos a oír misa a la Capital y a pasearse en busca de novios, como dos señoritas. Eran las encargadas de expoliar al viejo —según le contaba don Luis— sus enseres y de robarle los huevos y hasta algunos pollos que el maestro Ontañón cuidaba con avaricia y fruición.

Por los contornos— aunque tenía que cruzar unos cerros— daba lecciones Ontañón a los retoños de Andrés el hijo de la señora Dolores, vieja con aspecto de bruja y dueña de uno de los «cercados». Andrés le ofreció otro chozo en su finca y el maestro vióse libre de las hijas del tuerto.

Poco tiempo después de estas andanzas peripatéticas del maestro Ontañón, fué cuando hizo don Luis el notario, amistad con el viejo mendigo. Ontañón venía todas las tardes a su casa de campo a dar la clase a los hijos de Juan el casero. Don Luis, con el pretexto de salir a esperarlo le ofrecía un cigarro y charlaban antes de empezar su lección:

—Siéntese usted don Manuel— insistía Antonia. Mire usted lo que me han traído esta noche. El maestro interesábase por las gallinas y los pollitos recién nacidos, que en el fondo de una cesta le enseñaba Antonia, mientras los dos hijos esperaban resignadamente el dictado y las cuentas de don Manuel Ontañón.

Antonia, la mujer del casero, tenía pequeñas generosidades con el maestro: algunas lechugas, habas o guisantes. Le gustaba bucear en el pasado de don Manuel que a Antonia le inspiraba curiosidad y respeto. En vísperas de Nochebuena Antonia le había preguntado por su vida solitaria y más aún en días tan señalados. Y Ontañón para enternecerla, le confesó que el año anterior en el chozo del tuerto, junto al cementerio, quedóse sin cenar. ¡Pobre don Manuel!, suspiraba Antonia.

—La mujer del chozo me debía diez pesetas— contaba el viejo maestro—. El día antes de Nochebuena, le ofrecí la mitad de la deuda, si me permitía cenar con ellos, y, al sentarme a la mesa cuando llegó la hora, me insultó su marido preguntándome a gritos que quién

me había invitado. La mujer trató de defenderme mascullando excusas y yo me fui al chozo sin probar bocado.

Antonia le mandó la cena de Navidad con uno de sus dos hijos al nuevo chozo y Ontañón se la agradeció, como siempre, con palabras melifluas y corteses.

Don Luis y el maestro cruzábanse muchas veces en la carretera, Ontañón iba y venía todos los días a la ciudad a por su ración de pan: A la entrada, en el Hospital de la Cruz Roja, le guardaban restos de comida.

—Voy por la bazofia, don Luis, murmuraba a su paso.

—Anda usted mucho a su edad—le decía don Luis, ofreciéndole tabaco.

—Mire usted, señor. Cuando me paro me duelen las piernas, los tobillos sobre todo, hasta que vuelvo a entrar en calor cuando camino. Si estuviese quieto mucho tiempo creo que me moriría.

Don Luis lo miraba con sus ochenta años, peludo y resistente, como un entomólogo un insecto raro, con curiosidad y admiración. Su cara rugosa, oscurecida a la intemperie, conservaba algunas líneas enérgicas. Sus ojos reblandecidos, de mirada lejana, de agua marina, tenían momentos de dominio, de voluntad bajo los aleros de sus pobladas cejas. Pelos cerdosos en el cogote y en el pecho, en los oídos y en las narices. De cráneo bien construido. Con el mustio sombrero y el ropaje raído reflejaba, a veces, su rostro cierto aire infantil. Cuando se detenía al pie de los olivos, a don Luis le recordaba su fisonomía la de un griego decadente, un sofista, un cínico.

Antonia la casera que admiraba a los hombres de estudio, como ella decía, contábale a don Luis cuantas historias sabía del maestro Ontañón. Era un misterio. Antonia lo respetaba como a un oráculo. Para ella el maestro Ontañón con sus miserias era siempre don Manuel. Antonia, ya una mujer de edad, adiposa y opulenta, bajaba con frecuencia el párpado del ojo derecho. De soltera sirvió en la casa de un leguleyo y se aficionó a la lectura, soñando cuando tuvo los hijos en darles carrera. Sabía de memoria poesías de Gabriel y Galán y le pedía a don Luis el diario de la ciudad. Su marido Juan, grueso, rechoncho como un cebollino, no sabía otra gramática que la parda y consiguió traerlos de la escuela, porque le hacían falta en el campo. Antonia dolorida pudo conseguir que les diese clase el maestro Ontañón.

5

Don Luis, a solas, lleno de curiosidad fué a conocer la vivienda del viejo Ontañón. El chozo levantábase frente a la casa de Andrés, pasada la huerta, unos arreates de romero y macetas de flores y albahacas bajo la higuera más frondosa. Seguía un sendero por entre unas cepas en cuyo lindón, al empezar el olivar, alzábase aquel armatoste primitivo.—¡Quién pudiera describirlo!, pensaba don Luis con emoción.

En forma de cono, cubierto de pasto y de secos y enrojecidos ogarzos destacábase el bulto negro, entre el verde claro de la viña y las copas grises de los olivos. Apoyábanse a su alrededor. chirimboles, cachivaches de madera desvencijados, sostenidos por trozos de palos y cañas, simulando anaqueles y mesas en imposible equilibrio. Encima latas de conservas roñosas, botellas, platos desportillados, un embudo que fué de porcelana y no sé cuantos cacharros más. Al pie, sobre un baul de hojalata orinosa, una jaula con restos de fruta y mondaduras de naranja. En el suelo un anafre con un brasero del revés, de tapadera.

La entrada tenía una especie de cornisa de trozos de tablas, apoyadas en dos cañas, con más trastos indefinidos. A la espalda pegado al pie del chozo, un largo jaulón cubierto con sacos y hules viejos dejaba asomarse cuatro o cinco gallinas en pie, inmóviles, prisioneras en aquel sórdido escapate. Sobre sillas desvencijadas, trapos a secar. De las ramas del olivo, frente a la puerta, pendían dos pucheros de barro y una sartén.

Más difícil para don Luis era vislumbrar en la oscuridad el recinto interior. Veía una especie de hamaca inclinada, oculta entre aspilleras y bultos de lona terrosa, que hacían oficio de colchón. Al fondo parecía distinguirse negros cajones de una cómoda, baratijas y trozos de muebles inservibles, restos del naufragio familiar.

Don Luis, ya al oscurecer lo vió a distancia llegar a Ontañón, salir y dar vueltas al chozo. Iba con el cubo sin abandonar el cayado, a por agua a la noria, recogía el medio litro de leche que le daba Andrés, preparaba sus ropas y trebejos. Todavía llegó a verlo entre sombras, tendido con los pies fuera de la cabaña, cuando bajó la noche.

Una de las últimas tardes de la estancia de don Luis en el campo, lo vió subir al mendigo Ontañón, rodeado de algunos muchachos del contorno. Les hablaba como a buenos amiguitos en aquel ambiente luminoso de primavera entre verdes senaras de cebada y de trigo, le parecía a don Luis, mientras subían el repecho, una estampa de la vida de Jesús envuelta en lejanías socráticas, de un aticismo decadente. El maestro Ontañón, para don Luis, era un cristiano injertado en un griego.

Don Luis desde la notaría de la ciudad, durante aquel riguroso invierno, se enteró de los últimos días del maestro Ontañón. Meses de temporal y de crecidas que el mendigo soportaba con estoicismo, reparando los daños que el agua y la lluvia causaban en la porosa techumbre de ogarzos. Veíase obligado a suspender sus tareas para acudir sin desmayo a los «cercados», a la Cruz Roja y a la ciudad entre charcos y barrizales con su cayada inseparable y un paraguas descolorido, roto y sin contera que utilizaba también de noche para guarecerse del agua que inundaba su vivienda. No le arredaban ni las lagunas de los baches del camino, ni las resbaladizas veredas que le hacían medir el suelo. Llegaba empapado de pies a cabeza. Un amanecer el vendaval desmanteló parte de la cubierta del albergue que pudo rehacer con la ayuda de otro anciano que se compadeció.

Ninguno le ofrecía un rincón aunque fuese en el pajar de Antonio el casero o de Andrés el huertano. Aterido, enfermo, arrastrando cada vez más las piernas medio tullidas, no quiso pedir a nadie auxilio o protección. Se confiaba a Dios.

Aquella su última noche, tormentosa, naufragaba ya todo el chozo, a punto de salir a la deriva sobre un río encrespado. Al oscurecer, asomó el maestro Ontañón, por el hueco de la barda, entre los muñones retorcidos de las chumberas, de pencas de manoplas—de un verde azulado—que se alzaban, violentas, como manos crispadas en purgatorio y en actitudes de clemencia. Anochece en el camino. Ya sin suelas, desnudos los pies amoratados, arrastrábase, huyendo como siempre, hasta alcanzar a duras penas el refugio. Cayó mortal sobre el promontorio de ropas y harapos encharcados. Aun tuvo fuerza para abrir los restos del paraguas. Tendido, febril, sentía un dulce sopor de recuerdos íntimos, familiares en horas dichosas, ensueños, alucinaciones. Vió abrirse la comba celeste en azules lejanías infinitas, borradas sus ideas de espacio y de tiempo, y, se iba dando cuenta exacta, mirando con los ojos de la cara, la eterna Eternidad. Y una figura luminosa de luz cegadora, irradiando destellos como llamadas de otros mundos le hicieron bajar sus párpados y sentirse bañado de una claridad seráfica con efluvios de bondad, de amor y de belleza. El maestro Ontañón con sus harapos, su cayado y su morral, avergonzado, sentíase en presencia de Dios.

Sin dejar de empuñar con rigidez cadavérica el viejo paraguas, a las luces del alba parecía, medio sentado, un ídolo budista, cubierto por varillas y telas de un deforme murciélagó. Así lo encontraron el Juez y el Alguacil, cuando fueron a levantar el cadáver del maestro Ontañón.

ENRIQUE SEGURA

## IDEARIO EXTREMEÑO

La filosofía es la ciencia de la verdad y de la virtud. Y como la verdad es difícil de hallar, y la virtud no es fácil de practicar, la filosofía enseña a examinar y meditar mucho y hablar poco; a obrar bien antes de reprender en otros las malas obras.

La filosofía es la perfección del entendimiento, y el insolente, el impostor, el jactancioso, el charlatán, no serán nunca filósofos hasta que hayan logrado persuadir al mundo que la insolencia, la impostura, la jactancia y el charlatanismo son los instrumentos que perfeccionan la mente humana.

FORNER

## José M.<sup>a</sup> Gabriel y Galán<sup>(1)</sup>

Se enaltecíó la Lira en sus sonidos  
al pulsarla tus dedos con dulzura,  
viéndose la armonía más segura  
de encantar con sus ecos los sentidos.

Los corazones, tu canción, heridos  
los deja de mansísima ternura,  
poder que es sólo de la luz tan pura  
que destellan tus versos encendidos.

Gozar con tus poesías nos hiciste  
porque horadar el pecho tú supiste  
hasta encontrar las soterradas venas,

del caudal del humano sentimiento  
donde tiene su oculto nacimiento  
la fuente de las lágrimas serenas.

MANUEL MONTERREY

## AL ATOMO

Joven cachorro de la madre Ciencia,  
parido entre seísmos imponentes;  
final apocalipsis de las gentes  
en un día de horror y de inlección.

No has perdido la pristina inocencia,  
ni apenas brotan los primeros dientes,  
y muerdes ya las carnes inocentes  
como bestia feroz y sin conciencia.

Los hombres que rompieron tus cadenas  
dieron la libertad al gran tirano  
para que derramase a manos llenas  
dones de paz y amor. Fué todo en vano...  
¡Dios ha dejado al hombre de su mano  
y tú devuelves lágrimas y penas!

EUGENIO PAVO

## ESTAMPA ROMANTICA

*A José María Lasheras, buen ingeniero,  
excelente poeta y mejor amigo.*

Postróse la niña rubia  
sobre la alfombra del lecho  
y alzó sus ojos azules  
hasta la efigie de un lienzo.

Era el retrato de un hombre  
en un marco de cerezo,  
junto al marco, la leyenda:  
«Gustavo Adolfo, el Excelso».

Y cogiendo de una mesa  
el códice de sus rezos  
leyó en voz alta la rima  
«Dos rojas lenguas de fuego».

Después, ofrendó al poeta  
sus más hermosos ensueños  
y apagando la bujía  
volvióse todo al silencio.

En la calle negra y sola  
aullan medrosos los perros.  
Murmuran las «hojas secas»  
al arrastrarlas el viento.

Once huecas campanadas,  
engendradas por el viejo  
reloj de la vieja iglesia  
están vibrando en el pueblo.

Bécquer, inmóvil, contempla  
desde el marco de cerezo  
la faz de la niña rubia  
y el contorno de su cuerpo.

PEDRO M.<sup>a</sup> RODRIGUEZ PEREZ

(1) El día 6 de este mes cumplióse el 44 aniversario de la muerte de Gabriel y Galán. «ALCANTARA» se honra al dedicar, a través de la inspiración de otro poeta ilustre, el presente recuerdo a la memoria del glorioso autor de *El Ama*, *El Embargo* y *El Cristu Benditu*.